

LOS CAMBIOS DE LOS TIEMPOS

por el Académico de Número

EXCMO. SR. D. ANTONIO GARRIGUES Y DÍAZ-CAÑABATE*

Señor Presidente. Sres Académicos. Por cierto, señor Presidente, ¿cuándo vamos a poder decir «señoras y señores académicos? Falta, en esta Academia, ese factor femenino ahora omnipresente.

Quiero, en primer lugar, felicitar a nuestro Presidente por la publicación de los dos textos; uno sobre la «Reforma económica y crisis en la URSS», y otro, «Acerca de la Centesimus Annus». Es un elogio absolutamente desinteresado y objetivo, porque yo no he intervenido en ninguno de los dos, pero la proyección de las actividades académicas fuera de su centro cerrado, mediante estas dos publicaciones, me parece de un enorme interés. Y creo que la colaboración editorial de algunos de nuestros compañeros para hacer posible este trabajo, también tiene que ser destacada.

Pues bien, yo he leído, o mejor releído estos dos textos y, curiosamente, eso me ha llevado también a buscar y releer una «encíclica laica», de mediados del siglo pasado, emitida por Marx y Engels bajo el nombre de «El manifiesto comunista», que tiene, veremos, una cierta resonancia bíblica.

Esa lectura me ha dado mucho que pensar. En esta época de tránsito, de cambios profundos, la humanidad, que nunca ha sido ni puede ser estática en su continua y específica evolución, sufre unas transformaciones violentas, no solamente de desarrollo y crecimiento digamos vegetativo, sino mutaciones que afectan al modo de existir y de ser del hombre. Ese ser y existir del hombre siempre da y debe dar que pensar, pero en estos momentos cruciales la personalidad y el sentido moral del hombre se encuentran sometidos a unas pruebas y exigencias excepcionales, de las que hay que

* Sesión del día 21 de enero de 1992.

tener conciencia y a las que hay que hacer frente. Como dice Hawking, una prodigiosa cabeza pensante sobre un cuerpo casi inerte: «El hombre tiene memoria pero no, al menos todavía, del futuro.»

Sin embargo, la profetización del futuro ha sido y es una constante del ser humano y esa profetización es, en sentido inverso, una cierta norma. Proyectando lo conocido del pasado sobre lo desconocido del futuro, se pretende tener una visión de lo que puede ser lo que todavía no es. Este sentido de visión previa, es decir de previsión, lo tiene el hombre constantemente. La fe —y todo hombre tiene fe en algo— es la visión de lo que no se ve pero que anticipa en espíritu lo que será la visión real, verdadera, de una realidad visible sólo a los ojos de la fe. Hacer historia del pasado y escudriñar el futuro son dos cosas bien oscuras, más evidentemente, la segunda que la primera. Pero no se piense que conocemos bien el pasado, un pasado que cada vez se hunde en una más y más lejana lejanía.

Las investigaciones puramente históricas abarcan solamente unos pocos siglos antes de Cristo. Por poner una frontera naturalmente arbitraria, digamos por ejemplo la guerra de Troya, que coincidió, poco más o menos con la conquista por los judíos de la ciudad de Jericó. Pero la verdad es que el acontecer histórico, se conoce de maneras muy diferentes y contradictorias, y siempre está en constante crítica y revisión. Ya se trate de los imperios babilónicos o de las dinastías egipcias, ya se trate de la caída del Imperio Romano, o del Renacimiento, o del descubrimiento de América, o incluso del entendimiento de las cosas que nosotros, nuestra generación, estamos viviendo. Tomemos el caso, «recientísimo», de la caída del imperio soviético; un imperio más oriental que occidental. La primera anomalía de esta caída excepcional es que no ha caído por un embate exterior sino que ha sido por su propio peso. «Las torres que desprecio al aire fueron, a su gran pesadumbre se rindieron.»

Lo que llegó a ser la inmensa Rusia se puede decir que se inicia con el principado de Kiev y con su incorporación al cristianismo bajo la Iglesia griega ortodoxa de Bizancio. Con la consolidación del dominio mongol y el auge de los Grandes Duques de Moscú, desde el siglo XVII, especialmente con Ivan IV, toma más fuerza la capitalidad de Moscú, concebida como una tercera Roma, y del Zar como sucesor elegido por Dios y continuador del Imperio Bizantino.

Pero el imperio ruso, que va a jugar un papel importante en la historia europea, nace con Pedro el Grande y coincide con la iniciación de la Ilustración en Europea. Es curioso que en la autocracia rusa no tendrá plena resonancia la Revolución Francesa, como la tuvo en otros países europeos, y especialmente en España.

Dos grandes escritores, Tolstoi y Stendhal, han descrito la guerra que llevó a Napoleón a Moscú en el año 12 del siglo pasado, y lo que el fracaso de esta invasión —como más tarde fue la de Hitler— supuso en el proceso de decaimiento del imperio napoleónico.

Al comienzo de la primera guerra mundial el sistema social ruso es muy confuso. Es un feudalismo no enteramente puro pero sí más alejado y distante del régimen

capitalista. La situación del campesinado, a pesar de las constantes reformas, se mantiene en ese régimen feudal atenuado pero virtualmente de servidumbre. Al mismo tiempo, la industria estaba poco desarrollada, comparativamente con la europea; había huelgas constantes; el ejército era poderoso pero técnicamente mal preparado para la guerra. Sin embargo, la unidad política, es decir la cohesión política, se mantenía, en principio, muy rigurosamente.

Pero cuando se inicia la primera Guerra Mundial, el poder político pasó a manos de la zarina y ésta, a su vez, en manos del monje Rasputín, un aventurero fanático con una capacidad de intriga y acción verdaderamente diabólicas. El ejército ruso pierde, en agosto del 14, la famosa batalla de Tannenberg. La crisis política se agudiza, los servicios secretos alemanes llevan a Rusia, desde Suiza a través de Alemania en guerra, a Lenin, que era la primera cabeza del comunismo internacional entonces vigente.

El fondo del problema histórico, conforme a la «encíclica laica», es la lucha entre dominantes y dominados o, en otras palabras, la desigualdad entre los hombres. Esto es lo que constituye, a juicio de Marx y Engels, la textura de la historia del comunismo. De la trilogía famosa de la Revolución Francesa, «Libertad, Igualdad, Fraternidad», lo que ellos destacan es el término de la igualdad. Mientras haya desigualdad, es decir injusticia, no podrá haber una sociedad equilibrada y estable, porque ante la humanidad —ante Dios para los creyentes— todos los hombres son iguales.

La desigualdad nace de la pasión del dominio de unos hombres por otros. Esto es lo que degrada la condición humana, creando una subhumanidad que vive en condiciones infrahumanas. Es una situación intolerable, aunque para una mente de la talla de Aristóteles, la esclavitud está justificada desde un punto de vista pudiéramos decir trascendente.

Luego el fondo del pensamiento de Marx y Engels es cortar la lucha de clases, que es el gran, antiguo cáncer de la humanidad. ¿Cómo hacerlo? Pues, sencillamente, suprimiendo las clases. Pero ¿cómo suprimirlas?, pues exaltando la clase «proletaria», esa clase que el régimen burgués ha creado, al mismo tiempo que ha creado el «estado» de la burguesía, que es un Estado de clase dominante, y suprimiendo éste.

Marx es un hombre profundamente religioso en su fe judía, que ve en el marxismo —y así está anotado en el texto que se conserva de la Tora que él manejaba— que el marxismo no es otra cosa que el cumplimiento de las profecías de antes y después del destierro del pueblo judío a Babilonia.

Engels es un intelectual racionalista, hijo directo, legítimo, de la Ilustración, que cree haber descubierto en el racionalismo la explicación y el sentido del mundo cambiante en que vivimos.

Yo quisiera que me permitieran dar ahora lectura a algunos de los párrafos esenciales de esta «encíclica laica»:

«Toda la historia de la sociedad humana, hasta el día, es una historia de luchas de clases.

Libres y esclavos, patricios y plebeyos, barones y siervos de la gleba, maestros y oficiales; en una palabra, opresores y oprimidos, frente a frente siempre, empeñados en una lucha ininterrumpida, velada a veces y otras franca y abierta, en una lucha que conduce en cada etapa a la transformación revolucionaria de todo el régimen social o al exterminio de ambas clases beligerantes.

Hoy, toda la sociedad tiende a separarse, cada vez más abiertamente, en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases antagónicas: la burguesía y el proletariado.

La burguesía ha desempeñado, en el transcurso de la historia, un papel verdaderamente revolucionario. Donde quiera que se instauró echó por tierra todas las instituciones feudales, patriarcales e idílicas. Desgarró implacablemente los abigarrados lazos feudales que unían al hombre con sus superiores naturales y no dejó en pie más vínculo que el del interés escueto, el del dinero constante y sonante, que no tiene entrañas. Echó por encima del santo temor de Dios, de la devoción mística y piadosa, del ardor caballeresco y la tímida melancolía del buen burgués, el jarro de agua helada de sus cálculos egoístas. Enterró la dignidad personal bajo el dinero y redujo todas aquellas innúmeras libertades escrituradas y bien adquiridas a una única libertad: la libertad ilimitada de comerciar. Sustituyó, para decirlo de una vez, un régimen de explotación, velado por los cendales de las ilusiones políticas y religiosas, por un régimen franco, descarado, directo, escueto, de explotación.

Todo lo que se creía permanente y perenne se esfuma, lo santo es profanado, y en fin, el hombre se ve constreñido, por la fuerza de las cosas, a contemplar con mirada fría su vida y sus relaciones con los demás.

En el siglo corto que lleva de existencia como clase soberana, la burguesía ha creado energías productivas mucho más grandiosas y colosales que todas las pasadas generaciones juntas... ¿Quién en los pasados siglos pudo sospechar siquiera que en el regazo de la sociedad fecundada por el trabajo del hombre yaciesen soterradas tantas y tales energías y elementos de producción?

Pues bien, la moderna sociedad burguesa, que ha sabido hacer brotar como por encanto tan fabulosos medios de producción y de transporte, recuerda al brujo impotente para dominar los espíritus subterráneos que conjuró.

En la misma proporción en que se desarrolla la burguesía, es decir, el capital, desarrollase también el proletariado, esa clase obrera moderna que sólo puede vivir encontrando trabajo y que sólo encuentra trabajo en la medida en que éste alimenta e incrementa el capital. El obrero, obligado a venderse a trozos, es una mercancía como otra cualquiera, sujeta por tanto a todos los cambios y modalidades de la concurrencia, a todas las fluctuaciones del mercado.

La sociedad no puede seguir viviendo bajo el imperio de esa clase; la vida de la burguesía se ha hecho incompatible con la sociedad.

Lo que caracteriza al comunismo no es la abolición de la propiedad, sino la

abolición del régimen de propiedad de la burguesía, de esta moderna institución de la propiedad privada burguesa, expresión última y la más acabada de ese régimen de producción y apropiación de lo producido que reposa sobre el antagonismo de dos clases, sobre la explotación de unos hombres por otros. Así entendida sí pueden los comunistas resumir su teoría en esa fórmula: abolición de la propiedad privada.

El capital es un producto colectivo y no puede ponerse en marcha más que por la cooperación de muchos individuos. El capital no es, pues, un patrimonio personal sino una potencia social. Los que, por tanto, aspiramos a convertir el capital en propiedad colectiva, común a todos los miembros de la sociedad, no aspiramos a convertir en colectiva una riqueza personal. A lo único que aspiramos es a transformar el carácter colectivo de la propiedad, a despojarla de su carácter de clase.»

¿No es verdad que muchos de estos textos tienen si no semejanza sí resonancia con textos pontificios de carácter social, y específicamente en la «Centesimus Annus»? La obra capital de Marx es, naturalmente «El Capital»; obra importante, oscura y difícil, pero yo creo que la «teología» de la «encíclica laica» que acabamos de ver ha tenido mucha más eficacia en la implantación de lo que llamamos el comunismo real que el pensamiento específicamente técnicamente marxista.

El grave equívoco es que en la mente marxista se identifica la igualdad con la justicia y la desigualdad con la injusticia. Pero la justicia no es una igualación sino al contrario, es la «desigualdad» de dar a cada uno lo suyo; eso es hacer justicia, ese tratamiento desigual de lo que es diferente, porque nada más diferente que lo suyo de cada uno.

El marxismo ha destacado también la eticidad y la moralidad pero, en primer lugar, entendidas en sentido marxista, y en segundo impuestas desde arriba, de tal modo que por razones de esa moralidad marxista se excluye la religión, no solamente la cristiana sino toda forma de religiosidad, y se proclama oficialmente el imperio del ateísmo.

Pero una eticidad y moralidad sin libertad no son nada. El hombre es un ser libre o no es realmente una persona. La famosa frase de Lenin a D. Fernando de los Ríos —que era un socialista liberal— cuando le pregunta: «Libertad, ¿para qué?», en el inicio de lo que había de ser el régimen soviético, es enormemente significativa. La libertad no es para nada, es para todos; sencillamente para ser un ser humano. Por eso el comunismo se tiene que implantar por la violencia, y por eso el socialismo real desprecia todas las formas socialistas que no aceptan la acción de la violencia sino la justicia de la democracia.

Pero además de confundir la igualdad que nace de la justicia con la igualación que nace del materialismo en que está basado el socialismo marxista, la imputación de injusticia que el marxismo hace al capitalismo, se centra principalmente en que el capitalista roba al obrero la plusvalía que crea el trabajo; se apropia de ella, pagando al trabajador exclusivamente lo necesario para su supervivencia.

Pero la plusvalía no nace del trabajo y el capital; sin esos dos factores no puede haber empresa económica. La plusvalía es el resultado de un trabajo específico que es

el del empresario. En éste un trabajo de creación, no sólo de creación originaria sino constante, que es lo que da vida a la empresa y al sistema capitalista.

Tomemos un ejemplo: una orquesta compuesta por todos los instrumentos musicales correspondientes, puede hacer música pero la calidad de esta música, lo que hace de ella un arte, es la obra del Director de la orquesta. Esa orquestación de todos los elementos que integran la empresa para hacerla rentable, es decir para crear una plusvalía, es la clave del sistema empresarial. Suponer —como hace el marxismo— que el puro trabajo crea la plusvalía y que de ésta se apodera el propietario de la empresa gratuitamente, es desconocer la naturaleza del sistema económico capitalista.

Pero lo importante del marxismo es su materialismo. Marx y Engels dicen que no hay más que la materia, que todo nace de ella, que todo se mueve en ella y que todo muere en ella. El materialismo no es creer en su realidad, porque ésta es indudable, sino creer que es la única realidad, como dice Marx y Engels, y que todas las realidades, empezando por el hombre mismo, nacen de la materia y son manifestaciones y formas de la misma. El hombre nace de la materia y vuelve a ella; toda trascendencia es eliminada por el materialismo.

Entrar filosóficamente en el concepto de materia sería perdernos. El ser que es y no cambia; el ser que no es nunca y siempre cambia. Materia y sustancia; materia y forma. En S. Agustín, «algo pasivo e informe pero que no es la nada», etc. Para Marx y Engels, nutridos del liberalismo ateo de la Ilustración, el materialismo es simplemente la negación radical de la trascendencia del espíritu, y como Dios es espíritu, ellos son ateos, y como son creyentes en el ateísmo, impusieron éste violentamente cuando pudieron, es decir, cuando mandaron.

La relación entre materia y espíritu es uno de los temas más profundos a los que se enfrenta el hombre. Así, por ejemplo, cristianamente hablando, el Verbo que es espíritu porque es Dios y Dios es espíritu, se materializa puesto que se hace carne, es decir materia. «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros». Son palabras de la introducción del Evangelio de San Juan. Pero esto es sólo religión que al hombre irreligioso o agnóstico nada le dice.

Pero lo que es más importante es que la nueva Física, la Física Cuántica, que no es religión, que es ciencia, e incluso pura matemática, lleva a una profunda interrelación, o más bien comunicación, entre materia y espíritu. No se puede entrar en el problema tan complejo de la Física Cuántica sino solamente tocar este problema de la espiritualización de la materia y de la materialización del espíritu, y aun eso, si no superficialmente sí elementalmente.

La física de las partículas y subpartículas desmaterializa la materia, su consistencia, su representatividad de lo firme, lo seguro, lo real. Los aceleradores de partículas reducen éstas a la pura instantaneidad, a la pura presencia-ausencia, a la pura imaginación. La materia pasa a ser de lo más consistente a lo más inconsistente de todo. Materialista era el hombre que pisaba firme; ahora el materialista sería el hombre al que le falta la tierra, el suelo.

Pero el argumento no se termina aquí, va mucho más lejos. Resulta que la materia y el espíritu son dos en una misma carne y que ambas son el sustento de la vida. La teoría cuántica nos dice que para comprender lo real hay que renunciar a la noción tradicional de materia como sustancia tangible, concreta, sólida; que el espacio y el tiempo son ilusiones, en el sentido de creaciones humanas; que una partícula puede ser detectada en dos lugares distintos al mismo tiempo y que la realidad no se puede conocer. Hay como una trama, como una ligación continua entre lo inerte, lo previo a la vida y la vida misma. Se constata un comportamiento «inteligente» de las moléculas y sus agregados. Hay como un sentido, una intuición —por decir de alguna manera lo que no se puede expresar— en ese mundo al parecer caótico.

Pues bien, nada de lo que podemos comprobar es verdaderamente lo que llamamos «real». Hay como un velo impenetrable que cubre todo. La realidad «profunda», la realidad realísima existe detrás de ese velo que es más espíritu que materia pero que es ambas cosas. Se llega a abolir toda distinción fundamental entre materia, espíritu, conciencia. Un mundo de la probabilidad y de la indeterminación —Eisenberg. Un mundo que desconoce no la realidad misma, pero sí la de la física clásica —Einstein.

Ahora bien, el marxismo ha muerto, y ha muerto también el materialismo que le estaba subyacente. ¿Podemos gritar ahora «viva el capitalismo liberal!»? Desde luego, no, y los estudios hechos en la Academia sobre la «Centesimus Annus» lo demuestran. El Papa Wojtyla está alertando a las conciencias, consciente de ese peligro. El marxismo, el socialismo real son, frente al capitalismo, no sólo un problema económico sino de justicia moral que requiere una nueva vía que evite en lo humanamente posible, la explotación del hombre por el hombre. Pues bien, lo que no ha hecho el marxismo es lo que tenemos que hacer ahora, pero no desde el despotismo, sino desde la libertad y dentro de ella.

Adam Smith, que se puede decir que inventó el capitalismo, antes que economista fue profesor de moral. La Centesimus Annus ha venido a plantear y despertar las conciencias sobre esos problemas pero la Iglesia no tiene finalidades políticas, ni económicas, ni sociales. Cristo no funda la Iglesia, fundó «su» Iglesia, «Edificabo ecclesiam meam», para evangelizar a las gentes, no para organizar la sociedad civil, como hace la Tora de los judíos.

Es verdad que es necesario contar con la sabiduría de la Iglesia. Cuando Cristo viene al mundo no hizo una condenación de la esclavitud que había y que iba a durar siglos y siglos; una esclavitud que negaba a los hombres todos los derechos humanos, empezando por el derecho a la vida; pero implantó la divinidad del hombre, de todo hombre, como hijo de Dios, que vendrá a ser fundamento de toda verdadera libertad.

La misión de encontrar un orden económico más justo no es eclesial pero es imperativa para la sociedad civil. No corresponde al magisterio eclesial sino al profesional. Son problemas técnicos, de economistas, problemas jurídicos de los juriconsultos, y, finalmente, problemas morales, en los que hay que oír la voz de la Iglesia y adaptarla a las realidades sociales y humanas de los tiempos.

El comunismo marxista ha muerto pero no el materialismo. El capitalismo, en muchos aspectos —salvo específicamente el respeto a la libertad— puede ser tan materialista como el marxismo. Yo creo que este es el fondo de la tesis de la «Centesimus Annus».

Pero la misión de la Iglesia es evangélica, y evangélico quiere decir propagar la vida y las enseñanzas de Cristo. Como ya he dicho, Cristo no fundó la Iglesia sino «su» Iglesia. Somos los laicos los que tenemos que trabajar en la búsqueda de un sistema de libertad económica que evite el materialismo económico y las injusticias que lleva consigo.

Pero esta obra de los laicos está indudablemente indicada nuestra Academia. Somos la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Los problemas filosóficos, como los problemas teológicos, como los problemas de la nueva Biología, nos pertenecen; no corresponden a ninguna de las otras Academias, como la de la Lengua, Bellas Artes, Historia, Jurisprudencia, Medicina, Ciencias, etcétera.